

Primer Premio *ex aequo*

Silvia García Rey

La camisa del abuelo en esa guerra que el tío José nunca libró

I

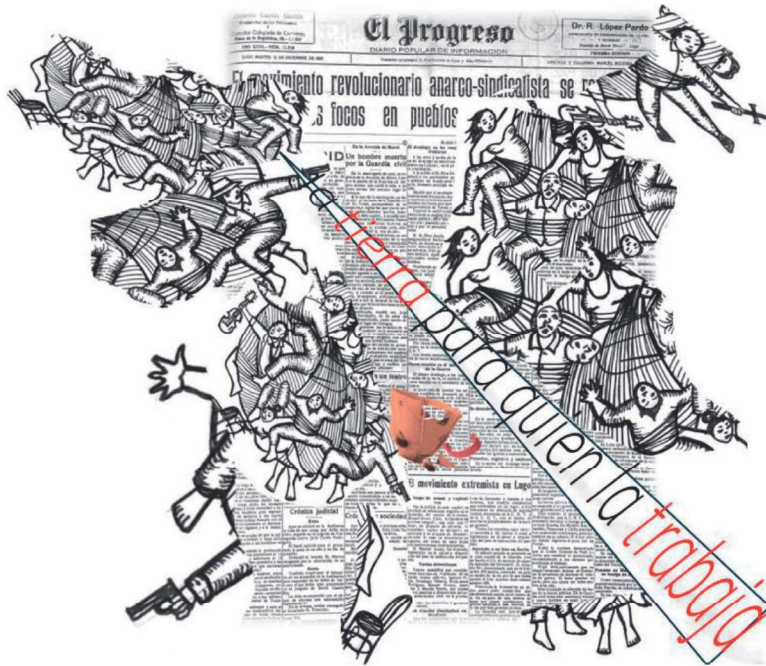
Cuando yo me muera, porque decía mi madre que nos íbamos a morir todos, que aquí no se iba a quedar nadie para vestir santos, y aunque cuando eres pequeña eso te parece imposible..., cuando yo me muera ya no quiero que me quemem como a un tronco. Quiero que mi cuerpo sea enterrado en la tumba donde está mi tío-abuelo, José, el anarquista. Fue mi prima la que me dijo, mirando la página del periódico de la fecha: “Fíjate en el resto de las esquelas y a ver qué notas”. Y, efectivamente, la suya no decía eso de *“murió confortado con los santos sacramentos”*. Más tarde, encontramos que su nombre figuraba en un listado de la CNT; eso y la fecha de diciembre de 1933 hicieron el resto. No era cierto lo que nos habían contado de que tenía una pistola porque era una época en que entraban a robar al gallinero. La prensa del día siguiente dio la crónica: *“A la una de la madrugada, se dedicaba el teniente de la Guardia Civil señor Tomé, acompañado de un sargento, a vigilar las parejas de servicio en los distintos puntos inmediatos de esta capital, y al subir ambos por la calle Pastor Díaz, tres individuos hicieron su aparición en la aludida calle dándoles un oficial la voz de alto. Uno de dichos individuos, en vez de atender la indicación de la voz del oficial, dio la vuelta y emprendió veloz carrera por la Ronda de Castilla, al llegar el fugitivo a la esquina de la Avenida de Moret, según la referencia oficial, sacó una pistola del bolsillo del pantalón con la que pretendió agredir a su perseguidor. No pudiendo conseguirlo, sin poder precisar los motivos, reanudó la carrera haciendo ademán de sacar otra arma de uno de los bolsillos del chaleco, y cuando se disponía a utilizarla, el sargento, anticipándosele, disparó sobre él, hiriéndole tan gravemente, que falleció brevísimos momentos después. Identificado, resultó ser J.T.F. de 24 años. Al registrarse en los bolsillos se le encontró en el interior de la americana un revólver B-Iodog cargado con 6 cápsulas y una navaja barbera”*; las órdenes del gobierno contra los focos del movimiento revolucionario anarcosindicalista durante esos días de huelgas y revueltas no dejaban espacio para la duda.



Aquello fue un disgusto en la familia, que recurrió a uno de los cuñados (respetado empleado del ayuntamiento) para que el cadáver de su único hijo varón pudiera reposar en el camposanto; y fue también un quiebro en la vida de mi padre a quien José había prohijado durante sus primeros 8 años de vida. —“¡La tierra para

V Certamen de relato corto (2025)

quien la trabaja!”—gritaba, y también su nombre —“¡José, José!”, cuando el Alzheimer le devolvió parte de su vida.



Ahora que sé cosas de mi identidad que antes no sabía, cuando yo me muera ya no quiero que me quemen como a un tronco.

Recuerdo el verso de Rimbaud, el poeta maldito: “*El mundo gira... ¿por qué no habría de girar?*”, solo él nos iguala deteniendo la vida a su antojo. Nuestras vidas transcurren entre arrancamientos. Todos mis muertos yacen en sepulcros blanqueados por la pesada lápida del silencio solo interrumpido por los rezos y las murmuraciones. Especulaciones malversadas por la ignorancia y la ceguera. Y ahora, a esos mis muertos, les escribo un maltrecho relato como quien hace una canción protesta, porque sospecho que el paso del tiempo no me ha de dejar ir mucho más lejos...

¿A dónde irán las historias que viven detrás de los silencios? Seguramente se empozan en las almas, quién sabe...

II

Los muertos de la niña Rosalía, que un día tuvo 7 u 8 años, están indisolublemente fundidos con las vacaciones navideñas y la cojera de su abuelo en un andar defectuoso pero continuo de ires y venires con la garrafa de vino y el pan. Tenía los ojos azules como el mar que azotaba su aldea natal y un impresionante zapato con un tacón de quince centímetros por culpa de una herida de guerra. A partir de ahí todas sus vivencias son leyendas del olvido que su abuelo repetía cada diciembre: –“¡Me cago en diez!”, espetaba. Y así iniciaba la historia de la camisa que andaba sola por el suelo del barracón donde dormía con otros soldados, debido a la cantidad de chinches que habitaban entre sus costuras. Y ¡cómo se reía al relatarlo! ... Y Rosalía, de 7 u 8 años, se esforzaba intentando establecer una conexión cuerda entre esas imágenes grotescas y lo que su madre decía que había sido *“una batalla terrible”* (la de Teruel). Ese hombretón mutilado de guerra también se podría haber muerto de un disparo o acaso hubiera matado a otros soldados del bando enemigo. –“*Porque para que haya una guerra tiene que haber enemigos*” –pensaba–. Sus sentimientos infantiles de extrañeza se debatían entre lo espeluznante de la muerte, la sangre, el dolor, los gritos, los tiros... y lo divertido de esa risa del abuelo cojo cual pirata de cuento.

Con el girar del mundo esa niña aprendió que el abuelo fue parte de la humana comedia del vivir y que, como muchos otros, desarrolló una habilidad de autodefensa para seguir con la vida a cuestas y repetía una y otra vez –“¡qué se mueran los feos!”; –“¡sí, qué se mueran los feos!”–pensaba la niña también, aunque le pareciera algo desproporcionado–. Su abuelo lo arengaba con convicción y ella admiraba a su abuelo.

III

Nada de lo que se rompe se puede volver a pegar porque siempre quedan esas fisuras por las que se escapan algunas certezas. A su abuelo se le cayó la taza mientras tomaba el desayuno; –“le explotó el corazón” –dijeron–, y la loza hecha añicos por el suelo que la abuela recogió y su madre intentó pegar para reencontrarse con su padre. Quizá fuera un tazón parecido al que servía para recoger la leche de esa cabra malagueña que acompañaba a la familia en sus migraciones, a fin de que a su tía no le faltara leche con la que combatir el escorbuto, y que ataban en el balcón del pequeño piso cuando se tuvieron que trasladar a vivir en la ciudad.

El abuelo Cipriano tuvo tiempo de ver crecer a su prole. Mucho esfuerzo es el que empleó tirando del carro de la vida y en contra de la vida ... ¡Hasta de carpintero de ataúdes ejerció! Tras la guerra tomó una decisión de vida: diluirse viendo el franquismo pasar. En ese pasar había perdido a su medio hermano Floreal, al que sacaron a fusilar no se sabe dónde; su novia de toda la vida no le esperó tras la guerra porque era un *“muerto de hambre”* y por *“rojo”*; demasiados amigos se convirtieron

en héroes o mártires, y todos los bienes que tenía quedaron al albur de la ley de responsabilidades políticas por demasiados años.

Con el tiempo, la familia creció incorporando nuevos miembros, pero nada fue fácil. ¿Qué demonios falló para que una de sus hijas se enamorara de un guardia civil? No había dedicado mucho tiempo a su educación a pesar de que antes de la guerra había sido enseñante de los hijos de los Andrade y otros más; y hasta montara un Ateneo con el dinero que le dio el sindicato. Pero en ese momento todo era distinto. Los primeros años vivieron acobardados. La prioridad era sobrevivir. Pero... ¿qué había fallado? ¿por qué un guardia civil? Aurorita le leía todas las noches un capítulo de El Quijote y soñaba con irse a México o a Cuba con sus tíos para *“salir de pobres”* —decía—. Claro que vivían rodeados de jóvenes vestidos de uniforme que iban y venían al pueblo, pavoneándose, y muchos se quedaban ya en el ejército, porque al menos no pasaban hambre y tenían un sueldo asegurado. Era de entender. Cipriano hubiera preferido un obrero a carta cabal para su hija, como el Germán, quien ya apuntaba las maneras de su padre el Eusebio, echado al monte o pasado a Francia o muerto, ¿cómo saberlo? Para Rosa, la madre, lo importante es que fuera un buen hombre, y que le diera a la Aurora una vida más fácil que la que ellos tenían; pero no, aun entendiéndolo, para Cipriano no era lo mismo.

La segunda hija, Lucía, se parecía más al abuelo. Era independiente y curiosa. Le habían orinado en los zapatos por ser hija de rojos y se había defendido a puñetazos. Le valió tres días de expulsión del colegio, pero ¡con qué orgullo cómplice se cruzaban miradas padre e hija a pesar de las diatribas de la madre!... Pasados los años enmarcó la carta de amonestación del director y la colgó en el recibidor de la casa para que todo el que entrara pudiera verla, y ¡pobre del que se la pasara por alto! Andaba en las Comisiones Obreras de la fábrica textil, reivindicando derechos para los de su clase, explicaba. Cipriano no podía menos que regocijarse al escucharla, como si una llama de fuego le ardiera por dentro del cuerpo e iluminara su cara y sus esperanzas de nuevo. Cuando la observaba o la escuchaba, llena de ideales, pensaba: “¿Por qué decirle adiós a un sueño?”.

Ángel fue el único varón y el menor de los cuatro hermanos. Porque otro bebé habían tenido, Manuel, pero murió de tuberculosis a los 6 años. En todas las familias se pudieron contar muertos... Temía por Ángel. Era demasiado valiente. Se enfrentaba a los falangistas en las fechas señaladas y regresaba a casa lleno de moratones y con las narices sangrando, sin importarle, y alardeando de los golpes que él y sus compañeros también les habían propinado. Aspiraba a ser un liberado de la fábrica para dedicarse al sindicato cuando lo legalizasen. Cipriano no acababa de entender bien eso de los liberados ¿cómo podía sentir y defender verdaderamente lo que los obreros sentían y necesitaban si no trabajaba codo con codo en el tajo como uno más? Eso no podía acabar bien para Ángel y pensaba en los compañeros tildados de

colaboracionistas que luego acabaron comiendo en la mesa de los patronos con un discurso farisaico, preocupados solo de sí mismos o formando una élite sectaria a sueldo. Para Cipriano lo más importante era no traicionar sus principios de clase, ni a sus compañeros. Ángel le hablaba con fogosidad de un nuevo sindicalismo y del partido. —“*Demasiada jerarquía*”—pensaba el abuelo—. Pero le agradaba la fuerza de ese joven hijo que hablaba de futuro y hacía planes para cuando se muriese el dictador.

IV

De su mujer, Rosa, nunca hablaba. Simplemente la quería. Porque sí. Sin reveses. Era su compañera. Habían luchado juntos para salir de la miseria. Ella cosiendo tan pronto los ánimos se calmaron tras los primeros años de posguerra, y sin importarle los insultos ni los desprecios. Se marchó del pueblo sin mirar atrás. Y lloró amargamente cuando la obligaron a casarse ante un cura “*como Dios manda*” para acceder al subsidio familiar que tanto necesitaban. —“Pero lloró dentro de la casa, eso que quede claro”—espetaba Cipriano—, “¡fuera, ni una lágrima, fría como el hielo, por sus hijos, pero la cabeza muy alta!”. Nada más pisar el umbral de la casa vomitó la ostia que le obligaron a tomar y jamás volvió a entrar en una iglesia, ni cuando se murió su madre.

V

Rosa y Cipriano ya eran viejos cuando las fiestas navideñas obligaban a la familia a reunirse, simplemente por seguir la tradición. Los vaivenes de las mujeres carretando platos y algunas miradas de circunstancias, como perdidas, juntando migas de pan sobre los cuadrados del mantel rojo desteñido por los lavados de años y años de uso. Contaban que fue con el segundo hijo que pudieron comprarlo, con lo que ahorra Rosa a base de recorrer el mercado; de hilo fino bordado de Lagartera pagado a plazos a la mujer que venía cada tres o cuatro meses a las casas vendiendo paños, hasta completar el ajuar. Por cinco o seis años tal vez. También era la tradición.

A las horas de sobremesa todo se tornaba más espeso, también los silencios. Era cuando Cipriano arrancaba a divagar. Pero no solo él, porque rápido entraba al quite el hijo y después el cuñado y el otro cuñado, el guardia civil, hasta que la atmósfera estaba tan caldeada de rencores, rabias y frustraciones que los puñetazos en la mesa y los insultos hacían irrespirable permanecer en el comedor. Entonces las mujeres, en tono desesperado, impotentes a la vorágine de gritos, decían de marcharse y hacían amago de agarrar a los hijos y primos que habían permanecido ajenos pero aterrados y sin comprender nada de lo malo que allí ocurría. Porque con todos esos aspavientos y vociferaciones, nada podía suponerse bueno. Algo muy grave había ocurrido en este país para que cada año la cena acabase como el rosario de la aurora. Las mujeres juraban que sería la última Navidad en familia, que ya estaban hartas de oír la historia de Paracuellos, de los moros haciendo barbaridades, del temor de Dios, de los

pantanos, de los “rojos” y de la ley y el orden que salvó al país; que estaban hartas porque todos los años asustaban a los niños con palabrotas y gritos cainitas que parecían estar en guerra todavía. Y todo ¿para qué?

Siempre acababa rompiéndose algo: un vaso, una copa, un cenicero..., con tanto golpe en la mesa y tanto arrebató con las sillas al levantarse y sentarse abruptamente en cada embiste de la conversación acalorada. Y ya Rosa tenía la cola de pegar en un cajón de la cocina, como adivinando lo que iba a suceder un año más. Entonces las mujeres se dedicaban a casar y pegar los trozos sobre la mesa del comedor, con manos decididas, como queriendo manifestar su crispación y enfado. Soltando al aire retahílas y culpas porque al final sabían... que nada de lo que se rompe se puede volver a pegar, ya que siempre quedan esas fisuras por las que se escapan algunas certezas.

VI

Ahora la niña Rosalía, de 7 u 8 años, que ya no lo es, rastrea esas viejas carpetas que se quedan en los cajones, congelando el tiempo, cuando alguien se muere. Piensa encontrar las respuestas de lo que no se atrevió a preguntar. Hay una cantidad variopinta de papeles: facturas, notas de la escuela, papeles timbrados, recortes de la prensa siempre sobre el mismo asunto, alguna esquela, tarjetas de felicitación y de presentación en letras de molde estilo gótico, listados con señas y teléfonos escritos a mano una y otra vez como si alguien hubiera temido perderlos, fotos de carné calidad fotomatón, estampas de vírgenes de esas que tienen forma de triángulo y una cabecita francamente desproporcionada...

En otro cajón encuentra una carpeta de color azul con un recorte de una graciosa mariquita pegada en la tapa ya sin gomas. Contiene un atado de sobres amarillentos y manoseados por el tiempo. Son cartas de Rosa y de Cipriano escritas en un papel tamaño cuartilla muy fino, a lápiz algunas y otras a plumilla. Rosalía sabe en seguida que se trata de cartas de amor y de vida. Empieza a leer con un sentimiento de pudor ante el temor de estar quebrando alguna ley no escrita. Pero sus abuelos ya estaban muertos y piensa que las han querido dejar para ella, para que pueda encontrar parte de las respuestas que sabían siempre andaba buscando. Si no fuera así, las hubieran quemado junto al resto de papeles el día que hicieron una hoguera: —“para olvidar el pasado”—dijeron—.

Rosalía leyó. Y pequeños espacios vacíos se fueron llenando de razones. No descubrió grandes acontecimientos ni graves revelaciones. Pero sí comprendió mejor algunos pasajes vividos, conversaciones incomprensibles cobraron sentido, medias palabras se completaron y algunas preguntas pendientes encontraron respuestas.

Anochece, Rosalía respiraba profundo y despacio, como prolongado su concreto presente en el deseo de que por una vez el mundo dejase de girar. Quería

abandonarse a las palabras escritas y al tiempo, pero también identificar cada sentimiento que la atravesaba porque había esperado mucho a que llegara este momento. Ya no hay marcha atrás cuando se descubre que los silencios son menos. Tampoco nada sigue igual a partir de entonces.

Ya fatigada y como sin querer, coge un sobre hecho a mano, que a todas luces contenía algo diferente a una carta. Estaba envuelto cuidadosamente en una bolsita de papel de las que dan en las mercerías con los hilos o los botones, tan familiar para ella porque siempre las veía en el costurero de su abuela y de su madre. El paso del tiempo había despegado la cinta adhesiva que la cerraba y protegía a la vez. La abrió despacio. Varios añicos y un asa de porcelana eran todo lo que había dentro. Parecían trozos de una taza rota de café. Sintió calor en el pecho y tragó saliva mientras las lágrimas acudían a los ojos por fin, para decirle algo así como: “¡Seguimos vivos!”. Se sentó en la mesa del comedor, extendió el mantel rojo de fino bordado de Lagartera, desteñido de tantos años de uso. Cogió el tubo de pegamento del cajón de la cocina y ya no pudo volver a ser la misma Rosalía y pensó: “Cuando yo me muera ya no quiero que me quemen como a un tronco. Quiero que mi cuerpo sea enterrado en la tumba donde está mi tío-abuelo, José, el anarquista”.

Nubela